

ALMAZÁN, CREADOR DEL ESPÍRITU NACIONAL

Artículo de don Pedro Julio Pedrero

¡Almazán, Almazán!, fue el grito de guerra nacional durante año y medio de campaña electoral y nadie ni nada lograron amedrentar a todo un pueblo enardecido y batallador, horrorizado del desquiciamiento moral y económico de la república, producido por un hombre de memoria nefasta: Lázaro Cárdenas.

Todas las fuerzas se aprestaron a la lucha; todas las voluntades se supieron al servicio de la patria: Obreros, campesinos burócratas, clase media, capitalistas, militares, etc, todo México se estremeció al conjuro de la brillante esperanza de destruir un régimen de oprobio e instaurar un gobierno nacional, presidido por Almazán, hombre de férrea voluntad, progresista y honesto.

Las mujeres y los niños también alentaron la causa de México con profunda devoción y valor indomable.

Todo era augurio de triunfo clamoroso y el futuro era diáfano y perceptible.

Nada importaba el poder atrabiliario de Cárdenas, ni el pistolero barato, ni el lombardismo cavernario, ni la persecución de los gobernantes, trogloditas.

La finalidad era destruir todo un pasado de ignominia, el gobierno de los sátrapas, para iniciar el gobierno de los más capaces y de los más honestos.

Así principió y así transcurrió la más gloriosa jornada electoral de México.

Y se acercó el 27 de agosto de 1939, día en que iba a iniciar su campaña política el candidato del pueblo, el General Juan Andreu Almazán.

Fue entonces cuando el pueblo “frente nacional Revolucionario de los Trabajadores al Servicio del Estado”, gestó la más fuerte y valiente agitación electoral; y fue días antes del 27 cuando, en inconsciente alarde, don Gonzalo de la Parra, Jefe de Publicidad del comité de exploración, provocó el incidente con los senadores que pudo haber degenerado en tumulto y en violencia, y que pudo, además, desvirtuar la lucha cívica en contienda de cuerpos indefensos contra armas de fuego.

Pero afortunadamente, el 27 de agosto, día de florecimiento cívico de México, trescientas mil almas desagraviaron al Monumento de la Revolución de la ofensa que días antes le causaran los deturpadores y conculcadores del “sufragio efectivo”.

Almazán, ese día, alcanzó su primer clamoroso triunfo electoral.

Y de ahí, todos fueron triunfos, todas fueron conquistas populares, menos la dirección política del almazanismo. ¡Imperdonable error del General Almazán!

Unos directores muy experimentados, pero gastados y fracasados; otros, llenos de vigor e intelectualidad, pero autócratas, ineptos y sin arraigo popular; todos llenos de fatuidad y ambiciones; fueron la mancha negra y el desquiciamiento de un triunfo legítimo logrado con sangre generosa, esfuerzos sobrehumanos y sacrificios económicos.

Luchando el pueblo contra los sistemas del PRM, cuando Almazán exponía su vida en las giras, los directores implantaban procedimientos perremistas; así resultaron muchos diputados y senadores sin conocer y sin ir a sus distritos; así

cometieron las más innobles injusticias contra los que expusieron su tranquilidad y sus vidas.

Pero así llegó el 7 de julio, inolvidable e histórico, en el que un hombre y un anhelo llevaron al pueblo a las urnas electorales a pesar de los preparativos bélicos y del alarde matoide del comunismo y el cardenismo, para, en la votación más copiosa que registra nuestra historia electoral, elegir al General Almazán Presidente de la República para 1940-1946.

Todavía recuerdo a la multitud frenética frente al edificio de 5 de mayo 34, soportando la lluvia que, como dije en mi discurso de esa tarde: “era el rocío bendito del deber cumplido”, y al recordar ese día, no puedo menos que estremecerme orgulloso de mi mexicanismo.

De ahí parte de la actitud más incongruente de los directores políticos; cuando Almazán se ve obligado a abandonar el país para no caer acribillado por las balas de los esbirros de la imposición e ir a preparar un plan de éxito para exigir el respeto a la voluntad popular, ellos evaden la acción enérgica que tocaba desarrollar a las Cámaras almazanistas, se esmeran por dispersar y tener en la ignorancia a los diputados y senadores, no permiten que efectúen juntas, les ordenan esconderse y cuando yo pugno por integrar positivamente las Cámaras, proponiendo su instalación pública, me intrigan de avorazado y de querer liderar a los representantes populares, destruyendo mi labor y ordenando a todos el escondite como medio de defender el triunfo.

Así fue como, en tinieblas y sin que nadie lo supiera, ellos también abandonaron el país, dizque llamados por el General Almazán, porque los necesitaba para derrotar al Ejército que parara Lázaro Cárdenas.

Y así fue como, desorientados al salir en busca de noticias, nos encontramos con un General, Héctor López, designado Presidente sustituto constitucional de la república, quien des-

empeñaba su alto cargo escondido en una casa del Distrito Federal y extendiendo nombramientos a diestra y siniestra, con colaboradores improvisados y absolutamente sin arraigo; desconectado del medio y sin ninguna determinación para obrar, más que para oír e incubar intrigas.

Mientras el General Almazán hacía esfuerzos para lograr la neutralidad de los Estados Unidos en el conflicto electoral de México, era estafado con el pretexto de la venta de armamentos, el gobierno americano los esperaba con promesas de imparcialidad, nuestros directores políticos se paseaban por las calles de San Antonio, nosotros sufríamos las persecuciones y las pérdidas de elementos valiosos y valientes, como el General Zarzoza, el Coronel Martínez, el ingeniero Maldonado, etc., sufrían vejaciones y cateos nuestras familias, eran aprehendidos nuestros mejores elementos, seguíamos sosteniendo el entusiasmo por medio de la prensa y la propaganda impresa, los sinarquistas hacían mítines llamando al pueblo a la paz y al respaldo del régimen que encabezaría Ávila Camacho, la CTM, giraba enérgicas circulares llamando al orden y al trabajo, los periódicos exhortaban al orden y a la armonía, y el desaliento y el desorden cundían en nuestras filas, por la carencia de órdenes precisas y la presencia en la Defensa Nacional de altos jefes de filiación almazanista.

De pronto somos sorprendidos por declaraciones violentas de los directores de otrora y por la llegada serena y decidida del General Almazán... ¡Qué ha pasado, nos preguntamos! La contestación nos la dio el propio General Almazán, al declarar la imposibilidad de una lucha armada, por la delicada situación internacional, por el decidido apoyo de los Estados Unidos al fraude electoral y por la desorganización de nuestras filas.

Ahora, ¿es posible que exijamos a un solo hombre el éxito de una causa, cuando le faltó la colaboración fiel y hábil de

sus mejores amigos; cuando no obtuvo la cooperación de los mejores orientadores de la opinión pública, como son los periódicos que ayer pedían paz y orden ante el peligro de la contienda armada y ahora atacan a quien ayer le exigían gestos de patriotismo; cuando se hacía labor de concordia por los más interesados en cambiar al régimen; cuando los Estados Unidos, que pregonaban la democracia, defraudaban el sentir mayoritario del pueblo mexicano? No, no y no; deslindemos antes responsabilidades de todos, neguemos por lo pronto la democracia y preparémonos a organizarnos más apretadamente, con mejores principios, con más puros procedimientos y con más positivas finalidades, para que esta lucha que impulsara noblemente el General Almazán fructifique con el florecimiento del dominio popular.

Hagamos el balance y aprovechemos los errores como la mejor enseñanza para el próximo triunfo de sufragio.

México, D. F., febrero 7 de 1941